

PRESENTACIÓN

EL FILÓSOFO, DEFENSOR DE LA DIGNIDAD HUMANA¹

Gabriel Marcel es uno de los filósofos franceses del pasado siglo XX que más pacientemente ha reflexionado sobre el sentido de la filosofía, del filósofo y del ser humano. Pocos pensadores han sentido tan profundamente como él el papel ético y humanizador que el filósofo está llamado a cumplir. Por otra parte, es un pensador polivalente, que ha desarrollado su concepción de la realidad en tres dimensiones: filosófica, teatral y musical. En una ocasión comparó su pensamiento con un país como Grecia, dotado de una parte continental (la filosofía) y una insular (el teatro), pero íntimamente conectado (la música)². Estos dos rasgos de su filosofía,

1. Algunos aspectos de este texto han sido publicados en *Prospettiva persona*, Roma, 2005.

2. “Mi obra tomada en su conjunto puede ser comparada con un país como Grecia que comporta a la vez una parte continental y una parte insular. La parte continental son mis escritos filosóficos, aquí me encuentro de alguna manera muy próximo a otros pensadores de nuestro tiempo como Jaspers, Buber y Heidegger. Las islas son las obras de teatro [...] Y podría añadirse, no creo que esto sea falso, que el elemento que une el continente y las islas en mi obra es la música; la música es verdaderamente la capa más profunda, a ella pertenece en cierta manera la

entre otros, hacen de Marcel un claro punto de referencia en la reflexión filosófica del siglo XX. A pesar de que no es un filósofo muy conocido, el interés por él crece día a día y progresivamente va alcanzando el lugar que le corresponde.

Este monográfico pretende ser, en este sentido, una contribución de algunas de las personas que mejor conocen su pensamiento a difundir y rendir homenaje a este pensador itinerante. La idea de realizar esta obra sobre este filósofo surgió el año 2003, momento en el que se cumplían 30 años de la muerte de Gabriel Marcel. Por ello, aunque publicado tardíamente, se concibió como una conmemoración. Sin embargo, este tiempo de maduración y elaboración, de reflexión segunda y de interiorización, tan marcelianas, han tenido como resultado que se publique el año en el que se conmemora el centenario del nacimiento de tres de los grandes filósofos franceses del siglo XX, con los que Marcel mantuvo una relación personal y filosófica: Emmanuel Mounier, Jean Paul Sartre y Emmanuel Levinas (quien según el calendario gregoriano habría nacido en 1906 y según el juliano en 1905). La relación de Marcel con Sartre y Levinas aparece en varios artículos de un modo directo. En cambio, su relación con Mounier ha quedado un poco más en la sombra. Con el objetivo de retomar esta conexión, tras la presentación del monográfico, realizaré una breve incursión en este punto.

En primer lugar, me gustaría señalar que en los diversos artículos se hace patente muy claramente el carácter polifacético de la obra de Marcel, ya que se tienen en cuenta las tres dimensiones de su obra. Igualmente está muy presente la concepción humanista que guía su investigación. En este punto, hay que destacar que este número no habría sido posible sin el apoyo de la dirección de la revista *Anuario Filosófico*, especialmente su directora en aquel momento, María Jesús Soto, y del Decano de la Facultad de Filosofía, en 2003, Angel Luis González. Tampoco habría sido viable sin la participación de los autores, de los “marcelianos” que tan

prioridad”; G. MARCEL, *Entretiens Paul Ricoeur Gabriel Marcel*, Aubier-Montaigne, Paris, 1968, pp. 53-55.

amablemente respondieron a la invitación. Mi más sincero agradecimiento a todos ellos por sus trabajos, que son estudios de una gran calidad. Ante todo, me gustaría recordar a quienes, por motivos de salud, no han podido realizar su deseada contribución: Feliciano Blázquez Carmona y Pietro Prini. Ambos aceptaron gustosamente participar en este número y me animaron a llevarlo a cabo. Por ello, aunque al final no han podido contribuir con sus estudios, lo han hecho con su aliento y apoyo. Quienes sí han colaborado con sus reflexiones son: José Luis Cañas-Fernández, Profesor Contratado Doctor de la Universidad Complutense de Madrid y traductor de *Aproximación al misterio del ser: posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*; André Dévaux, Profesor Emérito de la Universidad de la Sorbona y amigo de Marcel, quien, por su avanzada edad no ha podido realizar una contribución original, pero nos ha dado la autorización para traducir y publicar uno de sus escritos sobre Marcel; Geneviève Duso-Baudin, Profesora de clases preparatorias científicas en Metz y una de las personas que mejor conoce el pensamiento de Marcel en Francia; Alfonso López Quintás, Catedrático Emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; Iolanda Poma, Profesora de la Universidad del Piemonte Orientale y traductora de alguna de las obras de Marcel al italiano; Xavier Tilliette, Profesor Emérito del Instituto Católico de París, del Scolasticado del Centro Sèvres y de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma y, sin duda alguna, una de las personas que más profunda y esencialmente ha pensado sobre Marcel; Marcel Belay, una de los “discípulos” que más ha escrito sobre Marcel y que mantiene una relación muy cercana con la *Association Présence de Gabriel Marcel*; Dolores Conesa, Doctora en Teología y Doctoranda en Filosofía de la Universidad de Navarra; Luis Manuel Flores-González, Profesor de la Universidad Católica de Santiago de Chile, experto en Levinas y Marcel; Simonne Plourde, Profesora de la Universidad de Québec en Rimouski, autora, entre otras obras, del vocabulario filosófico de Marcel; Jesús Ríos Vicente, Profesor de la Universidad de A Coruña y Franco Riva, Profesor de la Universidad del Sacro Cuore de Milán. Igualmente, deseo agradecer su paciente y diligente trabajo a

Margarita Iriarte, quien ha traducido todos los artículos del francés y del italiano al castellano. En último lugar, gracias a las personas que, de diferentes formas, me han animado a la realización de este número.

El presente monográfico dedicado a Marcel está dividido en dos secciones y está precedido por una breve nota de Anne Marcel. La hija política de Marcel, la “belle fille” —en la hermosa expresión francesa— ha ocupado durante mucho tiempo el cargo de secretaria en la *Association Présence de Gabriel Marcel*, que actualmente tiene su sede en la casa de Marcel, donde viven su hijo y su mujer, en la calle Tournon. Ella es la persona que, con una amabilidad y disponibilidad extraordinarias, se ocupa de facilitar el material bibliográfico y las indicaciones más precisas a los investigadores del pensamiento de su padre político. Aunque, como Anne Marcel suele recordar, ella no es filósofa, conoce con precisión las obras y el pensamiento de este filósofo.

La primera parte del monográfico, que se centra en una reflexión sobre las perspectivas metodológicas del autor, está compuesta por seis artículos que abordan aspectos relativos a la forma en la que el filósofo francés pensaba o comprendía la filosofía y, más concretamente, “su” filosofía. La definición de la actividad filosófica es una de las temáticas más importantes en el pensamiento de Marcel. Desde sus primeras obras, en las que se centra en una intensa discusión con las posturas idealistas, hasta la consecución, paulatina, de la concepción de su filosofía concreta, éste es el núcleo de su reflexión. Posteriormente, son las cuestiones antropológicas y éticas las que tienen un peso mayor en sus obras, pero la pregunta sobre la filosofía y el papel del filósofo sigue estando presente hasta sus últimos escritos. Marcel fue siempre un vigía de lo humano y una de sus preocupaciones existenciales e intelectuales fue el papel que puede y debe jugar la filosofía en la defensa del ser humano frente a la deshumanización.

Este primer grupo de artículos aborda, desde diferentes perspectivas, una temática que podría ser englobada bajo el título de *La concepción marceliana de la filosofía*. El artículo que abre la sección trata de establecer, o más concretamente, de sacar a la luz

la relación que existe entre el primer Marcel y el primer Sartre. Su autor, José Luis Cañas Fernández, presenta a los dos pensadores franceses que, en diversos manuales de filosofía han sido catalogados como representantes de un existencialismo cristiano —Marcel— y de un existencialismo ateo —Sartre— de un modo diferente. Cañas incide en la relación personal que hubo entre ambos filósofos y en la raíz común de sus diversos planteamientos: el cristianismo o la matriz cristiana. Es decir, rechaza la distinción establecida por el mismo Sartre y, con Marcel, busca el sentido de la divergencia de sus posturas desde su punto de convergencia.

El segundo artículo está escrito por uno de los “discípulos” de Marcel: André Dévaux. Es un breve texto que fue publicado en 1991 en el número uno de la revista de la Asociación *Présence de Gabriel Marcel*. Dicho número, que hace tiempo está agotado, es el primero de una revista que ha sido concebida como el medio de comunicación de una asociación formada por familiares, discípulos, filósofos y personas que conocieron a Marcel y trabajan día a día para fomentar o dar la mayor difusión posible al pensamiento de este filósofo. En estas páginas de Dévaux se ve la intensidad y el cariño del trato humano que el autor tuvo con Marcel. La cuestión abordada es también metodológica: la relación entre la razón y el amor en la filosofía, tal y como la concibe el pensador itinerante por excelencia. Marcel, tal como muestra Dévaux, trata, especialmente en sus primeros trabajos que culminan en *Journal Metaphysique*, *Être et avoir* y *Du refus à l'invocation*, de superar o romper con una determinada noción de racionalidad, propia de la modernidad y busca la forma de integrar la inteligencia y el amor en una síntesis fructífera que permita establecer una nueva filosofía.

El siguiente estudio, de Geneviève Duso-Baudin, es una reflexión sobre la escritura de Marcel. No se trata de un acercamiento filológico, sino de un enfoque que pretende responder a una pregunta netamente filosófica: ¿de qué manera la forma de escribir de un filósofo, en este caso Marcel, refleja su manera de entender la filosofía y la realidad? En un artículo que mantiene o reproduce muy bien la forma de escribir de Marcel, la autora se centra en la

elección marceliana del diario como forma de exponer su pensamiento. El diario no es un pensamiento fragmentario, ni un pensamiento subjetivista o intimista³; es la manera que Marcel encuentra para respetar el carácter concreto y temporal de la realidad, que, a la vez, mantiene su continuidad y su identidad. El diario metafísico es la respuesta marceliana a qué es la filosofía, una filosofía que se atiene a la realidad y que lejos de construir horada en el terreno⁴.

El cuarto trabajo, cuyo autor es Alfonso López Quintás, aborda el tema, tan marceliano, de la creatividad y ofrece claves muy importantes para acercarse al pensamiento de Marcel, en el que hay una profunda conexión entre la creatividad y el ser. Además de filósofo, Marcel fue dramaturgo y músico y siempre consideró esenciales estas dimensiones de su obra. La música, tal como pone de relieve López Quintás, jugó un papel único en la vida y en el pensamiento de este filósofo dotado de un oído atento al ser de las cosas. Tomando como punto de referencia esta tesis marceliana, el autor acerca al lector a las diferentes experiencias estéticas, como la declamación de un poema o la escucha de una pieza musical, que permiten llegar al núcleo del pensamiento de Marcel.

El quinto artículo es una meditación sobre la forma en la que Marcel piensa: la alteración, la oscilación y los binomios. Iolanda Poma pone de relieve cómo el filósofo francés recurre a un método marcado por la dualidad, en el que, a pesar de lo que algunos intérpretes han pretendido, no se elige uno de los términos, soslayando o dejando de lado el otro, sino que se integran los dos, aunque sin síntesis dialéctica. Marcel establece una diferencia entre el ser y el tener, el problema y el misterio, la existencia y la objetividad, la reflexión primera y la reflexión segunda, pero el sentido de su filosofía no es la priorización de uno de los elementos con la exclusión

3. También Tilliette ha destacado la diferencia que existe entre el fragmento (Pascal, Nietzsche) y el diario. Cfr. X. TILLIETTE, "Gabriel Marcel ou le socratisme chrétien", *Philosophes contemporains*, Desclée, París, 1962, p. 12.

4. El filósofo horada en la realidad y explora caminos y regiones que otros recorrerán. Cfr. G. MARCEL, "Mon testament philosophique", *Homenaje a Xavier Zubiri*, Moneda y Crédito, Madrid, 1970, p. 324.

del otro, sino la delimitación del sentido de esas diferencias, en las que se muestra un rasgo esencial de la realidad.

El último estudio de esta sección es de otro de los “discípulos” de Marcel: Xavier Tilliette. El artículo que fue originariamente un curso o seminario dado por el autor en Roma hace bastantes años y que había permanecido inédito hasta ahora está marcado por la presencia y el recuerdo del “maestro”. En estas páginas, Tilliette, en primer lugar, evoca con cariño a la persona de Marcel, su físico, su tenor, su estilo, su presencia. Tras ese recuerdo, se centra en la exposición de la filosofía itinerante, en los rasgos más característicos de su filosofía: la reflexión primera y la reflexión segunda, el ser y la existencia, y la intersubjetividad. Es un artículo que en un *in crescendo* muestra la marcha del pensamiento marceliano y el sentido de ese caminar.

La segunda parte del monográfico, *Los temas claves de la filosofía de Marcel*, está enfocada desde el punto de vista del contenido, ya que en los diversos artículos se abordan algunas de las cuestiones más relevantes en el pensamiento de Marcel. El primero de ellos es de otro “discípulo” de Marcel, es decir de una de las personas que conocieron al filósofo y se impregnaron de su pensamiento. Belay realiza una exposición de una de las cuestiones que más preocuparon a Marcel, y que en el fondo es la intuición y la pregunta que le condujo a la filosofía: ¿qué sucede con los muertos? Esta temática que está íntimamente vinculada a su vida, a la pérdida de su madre cuando era un niño, se convirtió en una de las inquietudes filosóficas y teatrales de este pensador. En este texto, que apareció por primera vez en 2000 en el número 10 de la revista de la *Association Présence de Gabriel Marcel* y fue originariamente una conferencia dada ese mismo año en el congreso celebrado en el Institut de France: *Gabriel Marcel et l'au-delà. Du métapsychique au spirituel*, Marcel Belay presenta el tratamiento de esta cuestión en algunas de las obras teatrales más importantes de Marcel. De este modo, se tiene en cuenta esta dimensión esencial en el pensamiento marceliano.

La siguiente contribución, de Dolores Conesa, incide en la lectura que Levinas realiza de Gabriel Marcel y en la divergencia de

respuestas ante una misma cuestión: la crisis de sentido de lo humano. Marcel destacó, como pocos pensadores, que el mundo en el que vivió era un mundo roto, un mundo que había tenido un alma, pero la había perdido a favor de la funcionalización y la eficacia. Levinas, que conoció a Marcel, ya que acudió a las tertulias que éste organizaba en su casa, rue de Tournon, vio en su filosofía, a la que denominó “filosofía del diálogo”, un neto intento de romper con la noción moderna de racionalidad y abrirse a una nueva racionalidad, que permite la comunicación personal. Sin embargo, Levinas considera que Marcel ha quedado encerrado en el marco de la ontología con su noción de *coesse*; mientras que el filósofo judío desea salir del ser por una nueva vía: la ética como filosofía primera.

El tercer artículo, a cargo de Luis Manuel Flores-González, es una reflexión sobre la intersubjetividad encarnada, el papel que esta concepción del hombre tiene en el pensamiento de Marcel y las proyecciones fenomenológicas de esta cuestión, especialmente en la biología y las ciencias cognitivas. En el pensamiento del filósofo francés la encarnación es uno de los elementos claves, tanto en la definición de la filosofía concreta, como en la comprensión del ser humano. El hombre es un ser corporal e intersubjetivo, no una *res cogitans* ni una mónada. El autor de este artículo retoma esta idea marceliana y en un original y novedoso enfoque, lo conecta con el trabajo de Varela y Merleau-Ponty. El artículo se centra en el estudio de la corporalidad, especialmente en el tema de la relación mente-cuerpo, y de la intersubjetividad, más concretamente en la cuestión de las relaciones humanas. Como ya señaló el propio Marcel, en su pensamiento hay sendas que él indicó y no recorrió hasta el final: otros lo harán. De hecho, lo han hecho, como testimonia este trabajo.

Simonne Plourde, en un artículo organizado en torno a tres dimensiones, afronta el tema del sufrimiento y el dolor. La autora presenta, en primer lugar, la presencia existencial del sufrimiento en la vida de Marcel. En un segundo paso, expone el modo en el que Marcel trata esta cuestión en sus obras teatrales. Fue él mismo quien señaló que su producción dramática representaba la dimen-

sión más triste de su obra, la más marcada por el fracaso y el dolor. Los personajes de su teatro son seres envueltos en situaciones chi-rriantes que provocan dolor físico y especialmente sufrimiento moral, son personas que se debaten, que buscan una luz que les permita ver con claridad, aunque sólo sea por un instante, el sentido de sus vidas o simplemente la existencia de algún sentido. En esta dimensión de su obra, Marcel estableció una diferencia entre las piezas en las que los personajes permanecen cerrados en sí mismos y las que en un momento determinado se vislumbra una apertura que podría “salvar” a los personajes. Plourde toma como referencia personajes que pertenecen a este segundo género y respeta muy bien la concepción marceliana de su obra dramática: no es un teatro de tesis. La tercera sección está dedicada al estudio filosófico del sufrimiento y en ella se destaca que es inherente a la condición humana y tiene un sentido.

El siguiente artículo es una reflexión sobre la libertad y la interiorización que muestra el profundo bergsonismo de Marcel. Jesús Ríos Vicente recorre una de las líneas matrices de la filosofía marceliana. Siendo un estudiante de filosofía en la Sorbona, Marcel sintió una profunda decepción ante la filosofía oficial de esta universidad y se dirigió al Colegio de Francia a escuchar a Bergson. Allí aprendió a respirar, a pensar y, aunque nunca se consideró un discípulo de Bergson, jamás olvidó sus enseñanzas ni trató de minimizar su presencia. Fue al filósofo del *élan vital* a quien dedicó, junto a Hocking, su *Journal Métaphysique*. El bergsonismo de Marcel es especialmente visible en su noción de libertad y en la conexión íntima que establece entre la libertad y los valores, que no son creados por la libertad humana. El hombre es un ser libre, que ha de profundizar en sí mismo, en su intimidad, para encontrar el sentido de su libertad: hacerse a sí mismo, pero hacerse en estrecha relación con unos valores que encuentra en él y son trascendentes.

El último artículo de esta sección se plantea la cuestión de la sociabilidad y la ética en el pensamiento de Marcel, Buber y Levinas. Franco Riva toma como referencia la lectura levinasiana de Marcel y Buber como “filósofos del diálogo” y trata de resituar

a cada pensador en su lugar adecuado. Marcel y Buber presentan puntos en común, pero son dos pensadores independientes, que han desarrollado su filosofía sin conocimiento mutuo y que, a pesar de la proximidad entre ellos, obviamente no afirman lo mismo. Podría decirse en expresión que Marcel utilizó para referirse a Kierkegaard, otro de los pensadores con quien se ha tratado de relacionar su pensamiento, que, aunque no se conocían y han pensado por caminos diversos, pertenecen a la “misma familia filosófica”. En filosofía no hay derechos de propiedad, Marcel nunca consideró que hubiera algo así como una “filosofía marceliana” y, por ello, carece de sentido entrar en disputas sobre quién ha dicho antes lo mismo; normalmente se trata de convergencias temáticas, que se producen porque una reflexión sobre la realidad alcanza la misma verdad. La temática que permite entroncar a Marcel con Buber y con Levinas es la sociabilidad, la relación intersubjetiva o relación entre seres humanos que no se reducen a objetos y que no cosifican ni objetivan al otro. Riva muestra magistralmente las convergencias y divergencias de estos tres pensadores sobre esta cuestión central en sus filosofías.

En concordancia con el carácter del monográfico, voy a exponer un par de ideas, ya presentadas, que incidirán en las dos dimensiones de este número: la metodológica y la temática, poniendo de relieve la profunda unidad de ambas. Respecto al primer aspecto, la clave para entender el pensamiento de Marcel, a mi parecer, es la función profundamente ética que éste otorga al filósofo. La filosofía concreta, itinerante y encarnada no es un saber teórico, abstracto, desligado de la realidad o pensado como una hermosa construcción, sino que es una profundización en lo existente que mantiene siempre su vinculación, o mordedura (en expresión bergsoniana que Marcel hizo suya) de la realidad⁵. Marcel, al igual que otros filósofos, destacó la relación tan estrecha que hay entre el

5. Esto es así porque el pensamiento de Marcel estuvo presidido por dos preocupaciones: el ser y los seres, que están profundamente vinculados, ya que “cuanto más podamos reconocer el ser individual en cuanto tal, tanto más estaremos orientados y como encaminados hacia una aprehensión del ser en cuanto ser”; G. MARCEL, *Du refus à l'invocation*, Gallimard, Paris, 1940, p. 168.

filósofo y la filosofía, así como el papel humanizador que le corresponde a éste dentro de la sociedad⁶. El filósofo es el hombre que se admira ante la realidad y que mantiene esa mirada infantil que contempla o vigila para poder despertar a los hombres, especialmente de las actitudes cobardes y perezosas, y recordarles su dignidad⁷.

El filósofo es un hombre que ha de contribuir a la humanización y pacificación de la realidad y en esta labor es imprescindible que discierna correctamente cuándo y cómo debe actuar. Su papel no es político ni propagandístico, pero no puede rechazar un compromiso fundamental con las condiciones estructurales de la vida humana, ya que en estos casos “abstenerse sería hacerse cómplice de transgresiones imperdonables”⁸. Ha de fomentar el gusto por la reflexión o pensamiento crítico, ha de exigir a los demás y a sí mismo rigor y conocimiento antes de emitir y difundir juicios y opiniones y, muy especialmente, ha de combatir el fanatismo y la intolerancia⁹. Es muy importante que sus juicios sean imparciales y estén bien fundados: “de una parte, es necesario que recuerde incansable-

6. Ésta es la matriz neosocrática que el propio Marcel destacó en su pensamiento. Cfr. G. MARCEL, *Le Mystère de l'être*, I, Assotiation Présence de Gabriel Marcel, Paris, 1997, p. 5. También filósofos de otra formación totalmente diferente han destacado estos dos aspectos. En el caso de Fichte es muy claro, ya que vincula el tipo de filosofía que se escoge con el tipo de hombre que se es y otorga un papel esencial al docto: “si alguno de vosotros estuviera bien dispuesto hacia mí por creer que siento la dignidad de mi propio destino particular, que el fin supremo de mis reflexiones y de mis enseñanzas es contribuir al fomento de la cultura y a la elevación de la humanidad en vosotros y en todos aquellos con quienes un día entraréis en contacto, y que tengo por nula toda filosofía y toda ciencia que no se encamine a esta meta; si es así como me juzgáis, entonces permitidme que os diga que hacéis justicia a mis intenciones”; J. G. FICHTE, *Algunas lecciones sobre el destino del sabio*, Istmo, Madrid, 2002, p. 61.

7. Cfr. G. MARCEL, *En chemin vers quel éveil?*, Gallimard, Paris, 1971, p. 150. También Levinas destaca la profunda relación que hay entre el filósofo y el despertar, incluso el insomnio. Cfr. E. LEVINAS, “La philosophie et l'éveil”, *Les études philosophiques*, 3 (1977), pp. 307-317.

8. G. MARCEL, *Dos discursos y un prólogo autobiográfico*, Herder, Barcelona, 1967, p. 23.

9. G. MARCEL, *Les hommes contre l'humain*, Philosophie européenne, Editions Universitaires, Paris, 1991, p. 76.

mente algunos principios sobre los que es imposible transigir y que los aplique con rigor sin ceder jamás a la tentación de juzgar diferentemente según se trate de un bando o de otro. Así, por ejemplo, cualquiera que sea su nacionalidad, deberá reconocer que el bombardeo de Dresde fue un crimen de guerra, un delito colectivo imperdonable. Por otra parte, si pretende que sus afirmaciones sean tomadas en consideración, debe comprender que tienen que tener un peso histórico, es decir, que han de tener en cuenta el contexto histórico, ya que sin referencia a éste sus consideraciones caerán en el vacío”¹⁰.

Por ello el filósofo, es decir, todo ser humano que reflexiona, ha de tener muy presente el significado del ser personal, su dignidad inalienable, y no olvidar que hay cosas que poseen un carácter incondicional e innegociable¹¹. La temática central de las obras de Marcel es el ser humano, ese ser tan peculiar y tan valioso que, sin embargo, ha sido alienado y envilecido hasta límites impensables y que se resiente hasta la agonía en un mundo que ya no es humano. El filósofo tiene como tarea —dimensión metodológica— recuperar el sentido de lo humano, superar la crisis de civilización y de valores que éste padece para poner de relieve que “el hombre no se comprende si no se encuentra en relación con algo más que humano”¹².

El compromiso del filósofo con el hombre es innegable y no admite excusas de ningún tipo, ya que “su primer y quizás único deber es el de convertirse en el defensor del hombre contra él mismo, contra esa enorme tentación de lo inhumano a la cual, casi siempre sin darse cuenta, sucumben tantos seres humanos”¹³. El filósofo adquiere, de este modo, un compromiso personal y se

10. G. MARCEL, *Filosofía para un tiempo de crisis*, Guadarrama, Madrid, 1971, p. 53.

11. Cfr. G. MARCEL, *Dos discursos*, p. 28. Marcel se refiere en este texto al rechazo de la bomba atómica porque atenta contra la dignidad y los derechos humanos.

12. G. MARCEL, *La sabiduría en la edad técnica*, Ateneo, Madrid, 1965, pp. 4-5.

13. G. MARCEL, *Les hommes*, p. 157.

convierte en el educador de la humanidad. Así pues, su preocupación fundamental es el establecimiento de una antropología filosófica o de una concepción sobre qué o quién es el ser humano.

Para Marcel la correcta delimitación de la antropología o de la imagen del hombre es un aspecto clave a la hora de articular adecuadamente las relaciones humanas. No se trata de una cuestión teórica, o meramente teórica, el concepto que se posea del ser humano afecta profundamente a la acción práctica, al modo en el que los seres humanos tratan cotidianamente a sus semejantes. Por ello una noción degradada del ser humano se convierte en una noción degradante, en un modelo que guía una actuación que daña o lesiona a los otros.

El filósofo francés percibió con gran preocupación el aumento de la deshumanización de la civilización europea a lo largo del siglo XX, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial¹⁴ y trató de recuperar una visión digna y dignificante de este ser agónico, antes de que el último resquicio de humanidad fuera apagado o acallado. En su análisis de la crisis de sentido de lo humano destacó principalmente dos aspectos: la funcionalización y extensión progresiva de una visión utilitarista, y la aplicación cada vez más frecuente de las técnicas de envilecimiento al ser humano. En una civilización industrializada, basada en los valores técnicos de la productividad, el ser humano se reduce a la función que cumple y cuando no cumple una función o no es útil, es visto como un desecho o una carga¹⁵.

14. G. MARCEL, "Un entretien inédit avec Gabriel Marcel", *Bulletin de l'Association Présence de Gabriel Marcel*, nº 3, p. 47.

15. Cfr. G. MARCEL, *Positions et approches concrètes du mystère ontologique*, Paraître, Lyon, 1995, p. 35. Marcel aclara que "el que es de temer es el tipo de pensamiento que tiende a instaurarse en un mundo entregado a los técnicos, allí donde ciertos valores no han sido cuidadosamente preservados. El técnico corre el riesgo entonces de imaginarse que en los dominios que no son suyos es posible hacer triunfar procedimientos más o menos análogos a aquellos que él usa con éxito sobre su propio terreno. Pero es una vía abstracta y peligrosa ésta que tiende a prevalecer en los tecnócratas"; G. MARCEL, *La condición del intelectual en el mundo contemporáneo*, Ateneo, Madrid, 1960, p. 21.

El hombre no es comprendido como un ser espiritual, sino como un elemento del sistema, como un conjunto de funciones que ha de ser optimizado y desechado cuando su valor sea inferior al coste que produce su mantenimiento. De esta forma, pierde su verdadero ser y se identifica con lo que tiene y con lo que produce¹⁶. Ha tenido lugar una desorbitación de ciertos valores vinculados a la técnica que han acabado colonizando y subyugado a otros ámbitos, que han conducido a la degradación del ser humano: “cada individuo es considerado como una cierta unidad sobre la cual se puede y debe proceder como sobre todas las demás unidades de la misma categoría”¹⁷. Este mundo funcionalizado y despersonalizado es inhumano y produce una enorme tristeza y desesperación en quienes viven en él y están sujetos a sus normas y valores. La pragmatización no respeta el ser del hombre y tampoco el de la naturaleza: fuerza todo hasta que encaje y sea lo más útil posible al menor coste.

Por otra parte, el otro gran factor de alienación y degradación es la concepción del ser humano como un objeto manipulable, como algo sometible a cualquier técnica o modificación viable o posible desde el punto de vista técnico: “el hombre puede hacerse prisionero de sus técnicas”¹⁸. El ser humano se ha perdido a sí mismo, “parece haberse convertido cada vez más en un extraño para sí mismo, para su propia esencia, hasta el punto de poner en duda esta esencia o por lo menos negarle toda realidad original, como hemos podido ver en las expresiones más extremas del existencialismo contemporáneo”¹⁹.

El hombre está siendo sometido a las técnicas que él mismo ha inventado, que nada controla y que pueden llegar a convertirse en técnicas de envilecimiento, que son “el conjunto de procedimientos deliberadamente puesto en obra para atacar y destruir en los

16. Cfr. G. MARCEL, *Positions*, p. 36.

17. Cfr. G. MARCEL, *La decadencia de la sabiduría*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1955, p. 40.

18. G. MARCEL, *Les hommes*, p. 58.

19. G. MARCEL, *L'homme problématique*, Aubier-Montaigne, Paris, 1995, p. 10.

individuos pertenecientes a una categoría determinada el respeto que pueden tener por ellos mismos, y para transformarlos poco a poco en un desecho que se aprehende a sí mismo como tal, y no puede a fin de cuentas más que desesperar, no sólo intelectualmente sino también vitalmente, de sí mismo”²⁰. La aplicación de determinadas prácticas al ser humano es fruto del espíritu de abstracción, de la incapacidad de ver y tratar a un ser humano como ser humano, sustituyéndolo por una idea que permite “operar” sobre él como un elemento de un conjunto²¹.

Ambos aspectos ponen de relieve que la civilización industrializada, que es, por otra parte, la de los derechos humanos, desconoce las condiciones necesarias de una existencia personal plena²². Se ha perdido de vista o se ha olvidado el sentido de lo humano, de “lo universal en el hombre”²³. Es al filósofo a quien le corresponde pensar sobre el sentido de este envilecimiento y sobre la posibilidad y condiciones necesarias para lograr su superación, ya que se trata de “una verdadera necrosis cuyo principio es metafísico”²⁴. Marcel rechazó tanto la reducción del hombre a *homo faber* como a *homo aeconomicus*. Estas reducciones, que en las civilizaciones denominadas “desarrolladas” suelen estar unidas, son envilecedoras. Además, estableció que la salida de esta situación requiere una apelación a la reflexión²⁵.

20. G. MARCEL, *Les hommes*, p. 37. Estas técnicas que convierten al hombre en una cosa son muy variadas: los sofisticados y no tan sofisticados procedimientos de tortura, la propaganda y la pérdida del derecho a la intimidad, la seducción y el engaño, los medios de comunicación que han trivializado y relativizado la verdad, el fanatismo y el partidismo, las ideologías que niegan el valor de los seres individuales, el fuerte deseo individualista de bienestar y seguridad, y muchos de los problemas inherentes a las democracias (el control y enmudecimiento de voces disonantes, ciertas aplicaciones jurídicas del derecho a la defensa, como la pena de muerte o la cadena perpetua, entre otros).

21. Cfr. G. MARCEL, *La condición del intelectual*, pp. 20-21.

22. Cfr. G. MARCEL, *Filosofía para*, p. 17.

23. G. MARCEL, *Les hommes*, p. 17.

24. G. MARCEL, *L'homme*, p. 26.

25. Cfr. G. MARCEL, *La decadencia*, pp. 32-33.

Marcel percibió con preocupación la paradoja de las civilizaciones desarrolladas, las civilizaciones del reconocimiento de la dignidad personal y de los derechos humanos, que, sin embargo, han violado cada uno de esos afirmados derechos: “nunca como ahora han coexistido tantas normas, instituciones y autoridades encargadas de proteger la dignidad humana y, sin embargo, nunca como durante el medio siglo que se extiende desde la proclamación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en 1948, hasta estas postrimerías del milenio, se han registrado tantas y tan atroces violaciones de las categorías fundamentales”²⁶. Esta situación tan problemática es fruto de una deficiente comprensión del ser humano, pues “el hombre depende, en una gran medida, de la idea que se hace de sí mismo y [...] esta idea no puede ser degradada sin ser a la vez degradante”²⁷.

En consonancia con la prioridad que la filosofía contemporánea concede a la antropología, Marcel centra su pensamiento en la búsqueda de ese principio metafísico que, por ser lo que puede provocar la muerte del hombre, es lo que puede salvarlo o recuperarlo. En esta profundización en la condición humana, el filósofo itinerante se aleja del existencialismo, que niega la esencia humana, y pone de relieve que la posibilidad de alienación y degradación “no puede estar más que enraizada profundamente en nuestra estructura”²⁸. La única forma de detener este proceso de envilecimiento y degradación es reconocer que el ser humano es un misterio, un ser espiritual superior al tener²⁹.

La condición básica para lograr una imagen adecuada del ser humano es afirmar la existencia del ámbito necesario para el desarrollo del otro: la libertad y la dignidad es propia de todo ser humano, sin ninguna distinción ni matización³⁰. Marcel destacó

26. H. VALENCIA, *Los derechos humanos*, Acento Editorial, Madrid, 1997, contraportada.

27. G. MARCEL, *Les hommes*, p. 24.

28. G. MARCEL, *L'homme*, p. 86.

29. Cfr. G. MARCEL, *Les hommes*, p. 65.

30. “Être libre, on ne le dira jamais assez fortement, c'est vouloir la liberté aussi pour l'autre, pour celui qui ne pense pas comme moi; c'est ne respirer soi-

amplia y netamente que el hombre es un ser peculiar, un ser espiritual encarnado y que, por su corporalidad está en el mundo y con otros seres. La dignidad del ser humano no reside en su razón entendida como capacidad de universalizar y de actuar siguiendo máximas generales³¹. Lo más propio del hombre, y en lo que radica su dignidad, es su apertura, su trascendencia, que se muestra más propiamente en la desnudez y la debilidad que en la grandeza. La plena dignidad humana se hace patente en el rostro del niño indefenso, del anciano inválido ante el otro y del pobre que no tiene nada, excepto su ser persona³². Ante el ser indefenso, el ser humano percibe la luz que emana de su ser personal y deja de poder tratarlo como un objeto o como algo susceptible de ser manipulado como una cosa: “ocurre en realidad como si a causa de la incapacidad de defenderse de aquel ser se nos cayeran de las manos todos los instrumentos que nos capacitan para apoderarnos de las cosas y modificarlas”³³. La dignidad del hombre es su misma naturaleza, su finitud capaz de trascenderse a sí misma y que es inalienable.

La antropología de Marcel incide en el hecho de que el hombre es un ser corporal o encarnado, que mantiene una “relación” especial con su cuerpo, dado que es su cuerpo. El ser humano no es, de ninguna manera, una *res cogitans* unida, no se sabe cómo, a un cuerpo, visto como secundario y carente de importancia. También destaca que es un ser intersubjetivo, que es quien es con los otros con quienes mantiene relaciones personales no reducibles a relacio-

même largement que si l'on est assuré que l'autre n'étouffe pas dans un cachot. Il ne s'agit pas d'ouvrir toutes grandes les portes des prisons, mais de vouloir la justice pour tous, et de ne pas se frotter les mains parce que les malpensants sont bouclés et livrés aux transports d'une rage impuissante. LA justice, pas MA justice; LA vérité, pas MA vérité: quiconque s'en désintéresse trahit la liberté et se comporte en fasciste, quelles que soient les formations politiques dont il se réclame. Apprenons à respirer”; G. MARCEL, *Gabriel Marcel et les injustices de ce temps*, Assotiation Présence de Gabriel Marcel, Paris, 1983, pp. 60-61.

31. Cfr. G. MARCEL, *La dignité humaine et ses assises existentielles*, Aubier-Montaigne, Paris, 1964, pp. 167-168.

32. Cfr. G. MARCEL, *La dignité*, p. 168.

33. G. MARCEL, *En busca de la verdad y la justicia*, Herder, Barcelona, 1967, p. 114.

nes objetuales, cosificables ni encerrables en conceptos. El ser humano es un ser dotado de intimidad, pero es una intimidad abierta, que llega a ser quien es siendo o haciéndose a sí mismo. El ser humano vive su existencia como una vocación que realiza a lo largo del tiempo, ya que su existencia es la de un ser itinerante.

La descripción marceliana del ser humano lo muestra como un ser finito y dotado de plenitud, de dignidad. Pero está en las manos del hombre, en el uso que hace de su libertad, aceptar o rechazar su ser pleno. Cuando se extiende una imagen empobrecida del ser humano, que es lo que ha sucedido en las civilizaciones industrializadas que han fomentado una visión utilitarista o pragmatista del ser humano, se produce su envilecimiento, la pérdida de su identidad y la degradación hasta el punto de ser reducido a un objeto manipulable. Por ello, la filosofía que está atenta a su papel ético o socrático ha de tomar la palabra para defender la dignidad de ese ser que mientras agoniza, entre el dolor y la angustia, muestra en su debilidad la luz de su grandeza.

En este punto hay una clara convergencia entre el pensamiento de Marcel y el de Mounier. Ambos filósofos, que podrían ser etiquetables bajo la rúbrica “personalismo”, se conocieron personalmente y compartieron su círculo de amistades, y aunque no tenían la misma concepción de la justicia³⁴, sí que tuvieron como objetivo o motor de su obra la misma preocupación: el ser personal y más concretamente la rehabilitación del valor de la persona frente a la degradación o deshumanización que ha padecido³⁵. Emmanuel Mounier se entendió a sí mismo como un ‘combatiente’ o como un filósofo que desarrolla un pensamiento combativo, especialmente contra el abstencionismo o contra lo que Marcel llamaba la actitud del espectador. La seguridad más básica para este filósofo cristiano es, al igual que para Marcel, la certeza de que el hombre no es una

34. Cfr. G. MARCEL, *Gabriel Marcel-Gaston Fessard. Correspondance (1934-1971)*, Beauchesne, Paris, 1985, pp. 142-144.

35. “En nuestra investigación no hemos querido solamente tratar del hombre, sino combatir por el hombre”; E. MOUNIER, *Tratado del carácter*, Obras, II, Sígueme, Salamanca, 1993, p. 11.

cosa³⁶. También para el personalista es claro que el ser humano no es una mónada o ser cerrado en sí mismo, sino un ser que, gracias a la libertad, conquista su vida personal desarrollando con otros unos valores libremente elegidos³⁷. Los rasgos más destacados de la persona son la subsistencia y la independencia en el ser, junto a la encarnación o existencia corporal, la perfección por su libertad y sus actos (personalidad), y la comunión con los otros seres personales. Para Mounier la relación entre las personas, lo que constituye la comunidad, es el amor. Sintetizando lo expuesto, Mounier afirma que las tres dimensiones de la persona son la vocación, la comunión y la encarnación. En todas estas consideraciones es claro que Marcel está de acuerdo, en líneas generales, con Mounier.

La diferencia más neta entre ambos se sitúa en el ámbito de la comprensión de la justicia, la política y la acción. Para Mounier la revolución ética ha de ser también económica y política, lo que pone de relieve su raíz marxista y anarquista (radical utópico y necesidad de cambiar las estructuras injustas). El personalista da una importancia clave a la praxis que realiza o lleva a cabo la utopía, que es profecía. En cambio, Marcel, aún afirmando la necesidad de no permanecer al margen de la realidad social y política no llega a proponer una revolución, personalista, pero revolución. La crítica de Mounier al desorden establecido o mundo burgués es mucho más radical que la de Marcel, quien nunca llegó a ese tipo de planteamientos sobre la propiedad privada y el régimen de trabajo. Marcel no desarrolló ampliamente una filosofía social y política.

De las tres dimensiones del pensamiento de Mounier: la concepción del hombre como un ser espiritual, la necesidad de ofrecer una respuesta a la crisis de la civilización, y la filosofía política, la última es la más alejada del planteamiento de Marcel, quien se centró en la concepción del hombre como ser espiritual y en la apelación ética a la responsabilidad ante la crisis de sentido. Las

36. Cfr. E. MOUNIER, *El personalismo*, Obras, III, pp. 430-431.

37. Cfr. C. DÍAZ, "La antropología de Emmanuel Levinas", en *Propuestas antropológicas del siglo XX*, Eunsa, Pamplona, 2004, pp. 147-148.

incursiones de Marcel en los terrenos social y político son escasas comparadas con el personalismo comunitario de Mounier, dirigido a organizar una civilización personalista que respete a la persona, o mejor dicho, personas. Marcel acepta la distinción de sociedad y comunidad y cree que el cambio se realiza desde la base, desde la renovación del tejido de las comunidades, unidas por valores y relaciones espirituales³⁸, pero no dedica su reflexión a establecer las normas ni las líneas maestras de la reorganización de la sociedad desde las comunidades, lo cual centró la atención de gran parte del pensamiento de Mounier.

La filosofía de Marcel destaca el carácter personal del ser humano y lo muestra como un ser intersubjetivo que es yo porque tiene una relación con un tú; como un ser dotado de una vocación que le lleva a ser quien es realizando unos valores que no crea, sino que encuentra en su intimidad, como un ser temporal que incorpora el tiempo y se abre, gracias a él; como un ser encarnado o un espíritu que 'es' su cuerpo. Este ser personal y dotado de dignidad ha de ser constantemente defendido, ya que su dignidad se muestra o brilla en su suma debilidad, lo que permite que sea degradado o envilecido hasta límites impensables. Marcel, como filósofo, como ser humano, entendió su contribución a la filosofía como una defensa de lo humano en el hombre, como una vigilancia continua para restablecer la dignidad humana.

Julia Urabayen
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
E31080 Pamplona
jurabayen@unav.es

38. Cfr. G. MARCEL, *Être et avoir*, Philosophie européenne, Aubier-Montaigne, Paris, 1991, p. 174; *Les hommes*, p. 117, p. 163.